

XIV.

«Desde este instante ya no hay Pirineos.» La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV. apostrofó al nuevo monarca español al salir para España con el superior beneplácito de su abuelo. En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros días ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Carlos II. Había en aquel una cláusula que se procuró hacer desaparecer en este. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condición de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Carlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho á la sucesion española, la rama austriaca ó la rama borbónica? ¿Cual era mas conveniente á España? La cuestion de derecho y la cuestion de conveniencia las resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Había ademas para Europa la cuestion de forma. La política capcio-

sa de Luis XIV. habia desabrido al Austria y burlado á las potencias signatarias de los tratados de partition. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la conviccion de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV. esperándola con arma en brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por Oriente y Occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragon y Cataluña se levantaron contra Felipe V. y proclaman al archiduque Carlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesion.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en espiacion de sus faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras exteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinas-

tía y defienden con las armas á un príncipe de la familia mas enemiga del imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecer la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas esteriore. Un Cárlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania despues, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Cárlos archiduque de Austria, que tambien ~~de~~ de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora las legiones á pelear dentro del territorio español en reclamacion de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Cárlos VI. de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español, por consecuencia de la política iniciada por Cárlos V. de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que habia dejado Cárlos II el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir á un tiempo en Levante y en Poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es mas, contra catalanes, aragones y valencianos, distraidas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Países-Bajos. Y sin embargo los triunfos de Al-

mansa y de Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabian sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juráran fidelidad. Ayudáronlos Berwich y Vandome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V. y los castellanos vencian: peor estrella alumbraba á Luis XIV. y la Francia. España se rejuvenecía con su jóven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término á la sangrienta guerra de sucesion, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V. sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbon: arranque de energía, que no fué sino un testimonio mas del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le habia costado á Valencia y Aragon.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacri-

ficios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer orden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hiciéronse otros repartimientos que alteraron la faz de España.

Con el advenimiento del trono de Luis XIV. al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraría dentro de la órbita que le designára el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia, era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtía de confesores al rey de España, de camareras á la reina, y de administradores á la nacion. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV., acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus derechos, dirigia á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios «ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas

«una gota de sangre: es un deber que me imponen «mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profesó..... Con la vida solamente me separaré «de España, y sin comparacion preferiré morir disputando el terreno palmo á palmo al frente de mis «tropas á tomar un partido que empañe el lustre de «nuestra casa.....»

Aqui Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es el jóven tímido e inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo preceptuoso, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V. se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos.» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y sin embargo este príncipe que tan español se habia hecho y que tanto debia á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesion á la corona de Castilla. El que debia su trono á una muger, priva á las hembras del derecho de suceder en el trono, y establece á disgusto de la nacion la ley Sálica poco modificada. Innovacion fatal, que al cabo de ciento y veinte años habia de

ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantar á la reina legitima, y que aunque revocada por otro monarca y por las Córtes del reino no ha podido esta nacion libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La córte de Luis XIV. emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V. con la princesa de Parma trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa direccion á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenía la animadversion entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrech habían quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en París para despoocerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una espedicion contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el pais vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el imperio en el Mediterráneo,

que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellon español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvedor del mundo, que de tal suerte intimida á las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las mas poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V. su separacion como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido eucumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V. de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demas soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V. accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido mas dominio sus mugeres, un pensamiento invariable, una idea

fija descuella en la marcha de su gobierno y constituye por mas de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Londres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambray y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza de buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del habil Patiño, guia al honradísimo Campillo en su prudente y corta administracion; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorve los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afan, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugerencias no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos

los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demas propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segundo tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha mudado grandemente en el cambio de condicion de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se había firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó á España esta negociacion, mas nada le importaba á la reina con tal que redundara en la mejor colocacion de sus hijos. Manejola secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces mas, ha parecido España la tierra de promision de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español, que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulman: gran arbitrista, que despues de haber hecho instrumentos de su ambicion primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuan, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Cárlos, el que algun